

# **No soñarás flores**

Fernanda Trías

## No soñarás flores

Esta mañana compré dos tubos de cinta adhesiva, una tijera y una birome que se desliza rápido por el papel satinado del cuaderno. Voy a contar lo que pasó, con la mayor fidelidad posible, y después voy a entregarle el cuaderno sellado a Carmela. Sé que homenajear a mi padre no tiene nada que ver con lo que haremos esta noche, ni siquiera con lo que hicimos en los últimos meses y que, sin quererlo, nos condujo hasta acá. No importa. A su manera, todos fuimos débiles; hasta Carmela, aunque eso no debería servirme de consuelo: es mezquino aliviar el fracaso propio con el fracaso ajeno. Lo que quiero decir es que no escribo para mi padre, y si me atrevo a hacerlo sin cambiar nada, sin juzgarme siquiera, es porque sé que el misterio seguirá intacto. Nada encontrarán en estas páginas mis amigos o mi hermano que les permita entenderme, como tampoco yo logré acercarme ni un centímetro a ese desconocido que fue mi padre.

Cuando él murió, hacía cinco meses que me había mudado a la casa de La Paternal. Espinosa y Álvarez Jonte. Trabajaba cuidando a una vieja de noventa años, la abuela de la familia. Le servía la comida, le cambiaba los pañales,

la duchaba dos o tres veces por semana y le hacía compañía. En los días buenos le limaba los callos, le cepillaba el pelo. De ocho a siete y media, los días de semana, y los sábados hasta la una, cuando la dueña de casa iba a la feria y cocinaba todo tipo de guisos que congelaba en táperes individuales. Los táperes se apilaban como un iglú dentro del freezer y en el transcurso de la semana iban desapareciendo: la dueña, su hijo, la vieja y yo. No había más que calentarlos en el microondas y cuidar que no quedara un centro helado de lentejas pegoteadas; cuidar también que no estuviera demasiado caliente, porque la vieja ya no sentía la temperatura y era capaz de lanzarse a la boca una cucharada de lava directo del volcán. Si se ampollaba, adiós trabajo, adiós picnic junto a la terraza.

En la casa también había un perro blanco que parecía un lobo y que aullaba hasta que la dueña volvía del trabajo. La primera mañana pensé que la vieja estaría loca y que gritaba presa de un delirio. Después pensé que le había dado un ataque y que gritaba agonizante en el baño que compartíamos, tan chico que era imposible casi cualquier maniobra. Bajé corriendo la escalera desde mi pieza solo para descubrir que esos aullidos humanos, desgarradores, salían del perro. A su modo, la vieja también aullaba. Pasaba la tarde insultando al perro, le decía que se callara y su voz ronca se imponía sobre el ruido del televisor. A veces yo salía de su habitación y le hacía creer que estaba limpiando algo en la cocina, aunque en realidad me quedaba en el pasillo, justo afuera de la puerta, escuchándolos: el perro, la vieja, el perro, la vieja, hasta que al final era lo mismo que oír un golpe y su eco. De

pronto algo me delataba. La vieja tenía un oído muy sutil, el único sentido aún intacto. «¿Nena?», decía, y ahí terminaba yo, mirando televisión junto a su cama con pasamanos como una gran cuna metálica.

A los aullidos y a los gritos a veces se sumaban los ensayos del hijo, que había convertido su viejo cuarto en un estudio. La habitación de paredes acolchadas en el segundo piso no alcanzaba a ahogar los golpes de la batería. Así pasaron los primeros meses, pero cuando mi padre murió, esos ruidos se volvieron insoportables. Valga decir que en el tiempo que llevaba viviendo en Buenos Aires no hablé con mi padre más de dos o tres veces. Una llamada corta desde el locutorio en Juan Agustín García, una llamada glacial, orgullosa, y adiós que te vaya bien. Murió sin que hiciéramos las paces, y yo recordaba como si fuera ayer el peso de su cuerpo desplomado entre las botellas vacías, recordaba lo que era vivir con él, el ventilador eternamente prendido, la manía de dejar un cigarrillo en cada cenicero, como piras funerarias. Le quedaba treinta por ciento del corazón, así me dijo la médica la última vez que lo internaron. Claro que él lo sabía mejor que nadie. «Cada uno tiene derecho a ofrecer su cuerpo en sacrificio». Lo cierto es que ya no podía soportar los ruidos de la casa, y un día simplemente salí y dejé a la vieja sola. Me fui a la plaza, volví al rato para ver cómo seguía y constaté que nada había cambiado: aullido, rezongo, el latido grave de la batería en la planta alta. Me senté un rato con ella a mirar las noticias de la tarde. Acababa de morir Sandro; sus labios gruesos y pardos llenaban la pantalla.

Se me hizo costumbre salir todas las tardes después de calentarle el guiso a la vieja y de dejar nuestros táperes lavados y boca abajo sobre la rejilla de la cocina. A la plaza, a la iglesia, a un bar, no importaba mucho. A veces cruzaba las vías de La Paternal y atravesaba en un sueño el humo de las fogatas hechas de hojas y llantas hasta la puerta lateral del cementerio. Las tumbas no me causaban ningún alivio, pero era más llevadero sentir el dolor hasta el final, provocarlo, antes que tenerlo ahí, pulsando como una llaga.

A Carmela la vi por primera vez en la plaza de Juan Agustín García, si se le puede llamar plaza a ese triángulo de baldosa y cemento con un edificio tapiado como telón de fondo: un gran muro con afiches del primero de mayo y plantas naciendo de las grietas, yuyos finos que emergían como los rayos de una luz endeble de las ventanas clausuradas. «La Paternal no olvida», decían los afiches hechos jirones, el papel hinchado con burbujas de aire, los colores deslucidos por la lluvia. A las seis de la tarde, en esa plaza, un grupo de viejas se paraba en círculo y rezaba el rosario. Algunos tímidos o curiosos escuchábamos de lejos, sentados en los bancos de hormigón. Carmela miraba desde el banco frente al mío y quiso el azar o el destino que tres días antes hubiese pasado lo del teléfono, que tal vez sin eso nunca me habría fijado en ella. Lo que me llamó la atención fue que sostuviera algo —que más tarde supe era una bolsita con flores secas— apretado contra la nariz. Ella también huele, pensé.

Para no saltarme nada debería contar cómo empezó lo de los olores. Fue una semana después de la muerte de mi

padre, al volver de Junín. Mala señal: no me animé a contárselo a nadie. Tampoco tenía amigos en Buenos Aires y supongo que eso habrá contribuido a lo que pasó después, pero había dos o tres personas que veía cada tanto y también estaba mi hermano en Córdoba, con quien me escribía desde el locutorio. A nadie le conté lo de los olores. El caso es que llegué a Retiro por la noche, me tomé dos subtes hasta Chacarita y de ahí el colectivo que me dejaba en la esquina. A pesar del cansancio, quise desarmar el bolso y ordenar los objetos de mi padre que había traído conmigo. Su celular estaba dado de baja, pero podía usarlo de alarma; fue así como descubrí, justo antes de acostarme, que el teléfono aún tenía su olor. Claro que no era la primera vez que abría la tapita. Durante la semana anterior había revisado los mensajes, los contactos, las llamadas que mi padre hizo antes de morir, pero recién esa noche se me dio por oler las teclas. Será que vi entre las junturas esa caspa blanca, el eccema que heredé pero que él no combatía con ungüentos ni corticoides y que le había tomado la cara, sobre todo las cejas, los lados de la nariz y la frente. Olí el teléfono. Aspiré ese olor que hacía tiempo no tenía nada de agradable, pero que era de él, del padre que yo había tenido al final, en sus últimos y peores años: desahuciado por sí mismo.

El día después del entierro también había estado oliendo cosas: llegué a la casa de mi padre y mi hermano ya estaba ahí, sacando la basura. Lo primero que agarré fue la almohada. Tenía el mismo olor que el teléfono. En esa funda percutida habían apoyado su cabeza muerta. Olí las sábanas sucias. Olí un pulóver que estaba sobre la silla, sucio

también, y después olí la ropa en el placar. Todavía recordaba el olor del velorio, el que siempre atribuí a las flores marchitas. Ahora sé que no son las flores las que huelen así. Ese olor pesado, empalagoso, es el olor del cuerpo muerto o de la sustancia que le ponen para que no se desinfe, no suelte lo que mantiene adentro gracias a dos algodoncitos apretados en la nariz. Lo sé porque lo olí cuando nadie me miraba; le olí la piel de la cara, lo único al descubierto entre esa mortaja esponjosa con voladitos que le pusieron. Y después, en un momento en que estuve sola con el ataúd cerrado, olí también las juntas de las maderas y toqué las tuercas doradas que atornillaban la tapa, aunque solo olían a metal helado. Pero no fue hasta la semana después, cuando pasé lo del teléfono, que pensé realmente en eso: que el olor de mi padre sería lo primero en olvidarse, lo más frágil, y fue como si de pronto mi padre muriera de nuevo, pero ya no solo, en su casa, tratando de abrirle la puerta a los paramédicos, sino ante mí, en mis propios brazos, literalmente en mis narices.

Unos días después volví a ver a Carmela y esta vez me senté a su lado. Lo que me intrigaba era saber qué sostenía contra la nariz. ¿Un pañuelo? ¿Una imagen de la Virgen? Desde el principio me di cuenta de que ella también tenía un muerto y de que era pobre, al menos más pobre que yo, o tan pobre como yo pero desde hacía más tiempo, porque la tela gastada de los pantalones se veía clara en las rodillas y los zapatos tenían el cuero agrietado ahí donde el pie se pliega al agacharse. Hablaba de manera inconexa y a veces quedaba en blanco, silenciosa como un avión de papel, la

mirada perdida en los pies de las viejas que rezaban, hasta que de pronto decía algo que no tenía nada que ver con mi pregunta o con lo que veníamos hablando. Me contó que estudió Bellas Artes en Rosario, pero que no había terminado. Vivió unos años en Santa Fe, y por un tiempo, cuando volvió, tuvo un puesto de cerámica en Parque Centenario. «¿Y ahora no?», le pregunté. «Ahora no», dijo con desdén, como si el ahora no existiera o fuera una cosa despreciable. Le invité un café con medialunas, no tanto porque pareciera no haber comido en semanas, sino como una excusa para averiguar más. Al final abrió la mano y me mostró el amuleto dentro de la palma enrojecida. Me habló de Maite, su hija de dieciséis años, muerta hacía once meses de meningitis. La bolsita de flores secas la llevaba su hija entre el cuerpo y el corpiño para perfumarse.

—Siempre estaba perfumada —dijo, y enseguida me contó que ella misma había sacado la bolsita del cuerpo sin vida.

Cuando nos despedimos, Carmela me agradeció. Dijo que ya no podía hablar con nadie. «La gente se cansa de que le cuenten las mismas cosas». En ese momento Carmela estaba sana, o mejor dicho, no lo estaba pero aún no se había enterado. Lo supo dos meses después, cuando lo anunció en casa del ciego. Panizza, que trabajaba en el Fernández, le había conseguido una hora de urgencia con un médico amigo suyo. De hecho, fue ella la que me presentó a Panizza. Él era enfermero en el turno de la noche cuando la hija de Carmela murió y, por supuesto, también tenía un muerto.